

HISTORIA JENERAL
DE CHILE

POR

DIEGO BARROS ARANA

TOMO XI

SANTIAGO
RAFAEL JOVER, EDITOR

CALLE DE LA BANDERA, NÚM. 73

—
1890

cia que aquella batalla iba a tener en los destinos futuros de la revolución americana.

Ese primer movimiento de avance del ejército patriota desconcertó en cierto modo a los jefes realistas, que creían que aquél, desprovisto de fuerzas para salir de una actitud estrictamente defensiva apoyándose en los barrios del sur de la capital, podía ser burlado por la marcha emprendida para caer sobre ella por el costado occidental. En la mañana del siguiente día, 3 de abril, pudieron conocer mejor que la resistencia que iban a hallar era mucho más seria de lo que habían creído. Cuando el ejército realista quiso continuar su marcha, sus partidas de avanzada recibieron el fuego de algunas guerrillas patriotas que se habían adelantado hasta los cerros de la Calera. Esta actitud, sin inducirlo a abandonar su plan, obligó, sin embargo, a Osorio a redoblar sus precauciones i a disminuir la rapidez que en los días anteriores había impreso a su marcha. En la tarde acampaba en los contornos del espacioso caserío de la hacienda de la Calera; i el día siguiente, 4 de abril, persistiendo siempre en su plan de caer sobre Santiago por el costado del oeste, siguió su marcha hacia Espejo, sosteniendo el ataque combinado de las guerrillas patriotas i sin poder pasar más allá de las cercanías de esta hacienda. «Todos los movimientos del enemigo, decía San Martín, parecían dirigidos a doblar en distancia nuestra derecha, amenazar la capital, poder cortarnos las comunicaciones de Aconcagua i asegurarse la de Valparaíso.»

3. Alarma en Santiago la víspera de la batalla. 3. Reinaba entretanto en Santiago una intranquilidad que es casi imposible describir. Todos sus pobladores sabían que la batalla que debía empeñarse de un momento a otro, iba a decidir de la suerte de la ciudad i probablemente de la revolución chilena. Aunque en Santiago quedaban algunas familias decididamente afectas al viejo régimen, que anhelaban con ardor i que esperaban con fe incontrastable el restablecimiento del gobierno del rei, aunque había un número considerable de personas que por ignorancia o por egoísmo eran indiferentes en aquella gran contienda, la inmensa mayoría de la población se había plegado al partido de los independientes i hacia votos por su triunfo en la próxima jornada. Los unos i los otros, así los partidarios del rei i los indiferentes como los patriotas, temían las violencias de la plebe, que según se creía, estaba ávida de saqueo, temerosos todos de que, vencedores los realistas i abandonada la ciudad por las fuerzas de milicia que la guarnecían, iba a ser necesariamente el teatro de los más espantosos desórdenes. La devoción arraigada i tradicional de los habitantes de Santiago, se ma-

nifestó en esos días por medio de rezos i plegarias incesantes dentro de cada casa, i por mandas i obsequios a los santos (12).

O'Higgins, herido i afiebrado, desplegó en esos días una prodijiosa actividad. Visitó el campamento situado al sur de Santiago, reunía empuñosamente cuanto se necesitaba en el ejército, reconcentraba las milicias que llegaban de varias partes, i al mismo tiempo que mantenía el orden interior por medio de patrullas, repartía centinelas en los afueras de la poblacion para impedir que llegasen emisarios del enemigo o que éste pudiera adelantar cautelosamente algunas partidas. Todas estas providencias eran insuficientes para calmar la inquietud, i los comerciantes cerraban sus almacenes, reforzando las puertas con trancas i barrotes, bajo el temor de un saqueo que parecia inminente, i armaban a sus dependientes para defenderse del asalto que temian. Sin embargo, todo aquello no pasó de una simple alarma, i las medidas adoptadas por las autoridades bastaron para mantener el orden público.

El 2 de abril se supo en la capital que el ejército realista habia pasado el rio Maipo por el lado de la Calera, i que, segun hacia sospechar ese movimiento, su intencion era caer sobre la capital por el oeste, dejando burlado al ejército patriota, que la defendia por los lados del sur. Este anuncio aumentó la turbación jeneral. Aunque todo hacia presumir que los realistas serian atajados en su marcha, i que tendrian que empeñar una batalla antes de llegar a la ciudad, se trató de poner a ésta a cubierto de un golpe de mano que podia ejecutarse de sorpresa. Santiago tenia entónces por límite occidental un camino público que hoi forma la calle que llamamos de Negrete, pasada la cual comenzaban las chacaras i quintas. O'Higgins mandó abrir anchos fosos en todas las bocas calles que llegaban a esa avenida i en las inmediatas del lado del sur, colocando en las casas vecinas destacamentos de milicianos que, parapetados en los edificios, podian defender esos pasos. El jefe superior de policía o intendente de Santiago, don Francisco de Borja Fontecilla, desplegó en la ejecucion de esos trabajos una grande actividad, i antes de dos días esas calles estaban foseadas convenientemente para hacer imposible el tráfico de caballería i aun difícil el de infantería. El director supremo, acompañado por el comandante jeneral de armas don Joaquín Prieto, recorría a caballo los puestos de milicianos colocados en esos lugares i los cuarteles en que se mante-

(12) El comerciante ingles Haigh, que se hallaba entónces en Santiago, al referir en el capítulo IX del libro citado los sucesos ocurridos aquí en esos días, cuenta con cierta ironía algunos de esos actos de sencilla devocion.

nian otros destacamentos sobre las armas i listos para acudir al punto que se viese amenazado. Si esas tropas colecticias, faltas de disciplina e imperfectamente armadas, no estaban dispuestas para entrar en combate en campo abierto, dejaban esperar que en esas condiciones podrían defender ventajosamente la ciudad.

En la noche del 4 de abril fué todavía mucho mayor la alarma i la inquietud. Se sabia que esa tarde el ejército realista habia acampado a cuatro leguas escasas de Santiago, i que a pesar de que los patriotas estaban situados a corta distancia al lado del oriente, podia mui bien aquél, aprovechando la oscuridad de la noche, avanzar hácia el norte, o a lo ménos adelantar una division que llegase hasta el camino de Valparaiso, desde donde le habria sido fácil atacar la capital i tal vez apoderarse de ella. En prevision de ese peligro, se colocaron centinelas en todas las bocacalles de la ciudad, se doblaron las patrullas i se adoptaron las medidas de precaucion i de vijilancia que era posible tomar con los escasos elementos de defensa de que se podia disponer.

Estos temores no eran, como podria creerse, una simple quimera inventada por el miedo. A las nueve de la noche llegó a Santiago el comandante de ingenieros don Alberto Bacler d'Albe. Venia del campamento, i traia la noticia de que, segun los informes de los espías, una division del ejército realista se habia adelantado en direccion a Santiago, i de que probablemente llegaria ántes de dos horas. Bacler d'Albe no creia que ese movimiento asegurase la victoria del enemigo, pero sí temia que aquella division, entrando de sorpresa a la ciudad, pudiera producir una gran perturbacion i tal vez apoderarse del director supremo. En consecuencia, pedia a O'Higgins que abandonase la ciudad i que se acojiese al campamento patriota, donde su persona estaria libre de un golpe de mano. «Eso nó, dijo O'Higgins. Yo debo quedar aquí, i si el enemigo nos ataca, me hallará en mi puesto (13).» El coronel don Joaquin Prieto fué a ponerse al frente de los milicianos que resguardaban la parte occidental de la ciudad; i como no observara movimiento alguno de ataque, durante la noche, al amanecer hizo un reconocimiento en los caminos inmediatos, sin divisar un solo enemigo. Era efectivo, sin embargo, que un cuerpo del ejército enemigo a cargo del coronel Primo de Rivera habia intentado acercarse a la ciudad por ese

(13) El viajero Haigh, que ha consignado estos hechos, refiere en el capítulo X de su libro que se halló presente en la conferencia entre O'Higgins i Bacler d'Albe. En la relacion de estos sucesos, nosotros tomamos por guia el diario del oficial de milicias don Pedro N. Sepúlveda, que servia al lado del supremo director.

lado; pero la profunda oscuridad de la noche fué causa de que se estraviara en su marcha, i de que, no pudiendo acertar con los caminos vecinales o simples senderos que habrian debido conducirlo a las cercanías de Santiago, regresó a su campo en la madrugada siguiente.

4. Batalla de Maipo: el ejército realista es batido i obligado a abandonar sus posiciones.

4. Los dos ejércitos, separados por una distancia de seis kilómetros escasos, habian pasado aquella noche sobre las armas. Un escuadron de cazadores a caballo mandado por el coronel Freire, i otro de granaderos bajo las órdenes del comandante don José Melian, sostuvieron un constante tiroteo con los dragones de Morgado. Al venir el dia, todo el ejército realista se puso en movimiento, ocupó las casas de la hacienda de Espejo i sus contornos, i casi sin demora ni vacilacion, continuó su marcha hácia el noroeste, obligando a las avanzadas enemigas a replegarse hácia su campo. Osorio parecia persistir en su plan de pasar adelante por una marcha de circunvalacion ejecutada a la distancia por el flanco derecho del ejército patriota, e ir a ocupar el camino entre Santiago i Valparaiso. Ese plan, aun dado que no hubiera podido ocupar a la capital, le habria permitido en caso de un contraste contar con un lugar de retirada en ese puerto, bloqueado a la sazón por la escuadra española.

Advertido por el coronel Freire de este movimiento de los realistas, se adelantó San Martín, cuando apenas amanecía, a hacer un reconocimiento personal. Acompañábanlo su ayudante O'Brien i el comandante de ingenieros Bacler d'Albe, vestidos, como el jeneral en jefe, con el traje de simples campesinos. Desde una distancia de quinientos a seiscientos metros, pudo ver con la ayuda de un antejo, lo que allí pasaba; i volviéndose a sus compañeros les dijo lleno de confianza: «Osorio es un mas inepto de lo que yo pensaba. El sol que comienza a asomar en la cordillera va a ser testigo de nuestra victoria.» «Cuando vi que el enemigo trataba de practicar ese movimiento, dice el mismo San Martín al describir los sucesos de ese dia, creí que era el instante preciso de atacarlo sobre su marcha, i ponerme a su frente por medio de un cambio de direccion sobre la derecha.»

El ejército patriota, como sabemos, estaba acampado desde el 2 de abril en un sitio de mediana elevacion que forma parte de la estensa loma conocida con el nombre vulgar de «Cerrillos» en su parte oriental, i de «Loma blanca» en su parte occidental. Daba entónces su frente hácia el este-sur; pero haciendo un movimiento de conversion sobre su derecha, i recorriendo en poco rato la distancia aproximativa de un kilómetro i medio, iba a tenderse en línea de batalla sobre el cordón

de alturas mas lijeramente pronunciadas i tendido casi regularmente de oriente a occidente, que forma el costado sur de aquella loma. Los diversos cuerpos, avanzando ordenadamente, debian tomar allí la misma colocacion que tenian en el campamento, con la sola diferencia de la concentracion de la caballería en los extremos de la línea, los granaderos a la derecha i los cazadores a la izquierda. Desde ese punto, el ejército podia caer sobre el flanco izquierdo de los realistas, si éstos persistian en su empeño de seguir avanzando hácia el norte para ocupar el camino de Valparaiso.

Este primer movimiento, atentamente observado por las avanzadas de Osorio, dejaba comprender que no era posible aplazar por mas tiempo la batalla. El tiroteo de las guerrillas se hacia mas vivo por momentos, i la marcha acelerada de los cuerpos patriotas para acercarse a las posiciones que hemos descrito, demostraba que en vez de querer mantenerse a la defensiva, como habian llegado a creerlo sus enemigos, estaban resueltos a emprender el ataque. Osorio, de acuerdo con los jefes superiores, o mas bien arrastrado por la arrogante impetuosidad de éstos, se decidió a empeñar allí mismo el combate, aprovechando los accidentes del terreno que se le señalaban como ventajosos para sus tropas.

Del caserío de la hacienda de Espejo salia con direccion hácia el noreste un callejon de unos trescientos metros de largo. En el término de éste, al lado del oeste, el terreno se levanta formando un estenso lomaje de poca altura, de suelo regularmente plano i de una configuracion triangular bastante bien demarcada. El costado de ese triángulo que mira al norte, tiene una estension de cerca de mil quinientos metros, i corre casi paralelamente con el *cordón de lomas del frente*, donde iba a colocarse el ejército patriota, estendiéndose entre una i otra línea de alturas una banda de tierras bajas que mide un ancho de cuatrocientos a quinientos metros en su parte mas estrecha (en la estremidad oriental) i un kilómetro en su parte mas espaciosa (la estremidad occidental). Aquella altiplanicie triangular, que iba a ser el campo de batalla, fué ocupada por el ejército realista sin serias dificultades, obligando sin grande esfuerzo a replegarse a las guerrillas avanzadas de los patriotas. Conviene advertir que en esa época, aquellos campos no tenian mas que una que otra habitacion de modestos inquilinos de las haciendas, i no estaban cerrados ni divididos entre sí por tapias o cercas.

Osorio tendió su línea en poco tiempo, inclinándose siempre hácia la izquierda como si persistiera aun en acercarse al camino de

Valparaiso. Sus columnas avanzaban con el órden i la regularidad de las tropas veteranas, i fueron tomando sus puestos sin demora i sin vacilacion. El primer cuerpo, formado por las compañías de cazadores i granaderos de todos sus batallones, i de cuatro piezas de artillería, fué, bajo las órdenes del coronel Primo de Rivera, a ocupar una pequeña altura destacada a la izquierda de la línea, i separada de ella por una distancia de cerca de trescientos metros de tierras bajas, en que fué colocado el rejimiento de dragones de la frontera, bajo la dependencia del mismo jefe. A la derecha de esa division, i sobre la estremidad occidental del lado del triángulo de lomas que hemos descrito, otra, compuesta de los batallones Arequipa i Burgos i de cuatro cañones, i mandada por el teniente coronel don Lorenzo Morla, formaba el centro de la línea. El ala derecha, mandada por el brigadier Ordoñez, era formada por los batallones Concepcion e Infante don Carlos, la compañía de zapadores, cuatro cañones i los escuadrones de lanceros del rei i dragones de Arequipa. El escuadron de dragones de Chillan, fué distribuido en partidas de tiradores al frente de la línea para sostener el fuego de las avanzadas patriotas. El ejército realista permaneció cerca de una hora en esos puntos, inmóvil, mientras los patriotas tendían su línea en el cordon de lomas del frente. Osorio creia, sin duda, que no debía intentar movimiento alguno que lo hiciera salir de una posicion que debía parecerle mui ventajosa (14).

El domingo 5 de abril de 1818 que iba a fijar para siempre los destinos de Chile, fué uno de esos hermosos dias de otoño tan frecuentes en este clima i en esa estacion, en que un cielo claro, sin nubes i sin viento, i un sol esplendoroso pero no ardiente, dan a la naturaleza el aspecto de una placentera tranquilidad. Ese día, sin embargo, reinaba en todo el territorio de Chile la mas azarosa inquietud; i en Santiago, sobre todo, las jentes, esparcidas en las calles i plazas, esperaban por instantes oír el estampido del cañon que debía anunciarles que se estaba decidiendo de una manera irrevocable la suerte de la patria. En efecto, en la estrecha porcion de terreno que hemos descrito, se iba a empeñar la batalla mas sangrienta, mas considerable por el número de los combatientes i mas importante por sus resultados militares, políticos i sociales de que hubiera sido teatro el suelo de Chile. Los ejérci-

(14) Por mas empeño que pongamos en dar toda la claridad posible a la descripcion del terreno i a la relacion de los movimientos de las tropas que entraron en batalla, creemos indispensable para que el lector comprenda mas fácilmente los hechos, la observacion del plano adjunto.

tos que estaban a la vista, el uno enfrente del otro, contaban fuerzas aproximativamente iguales, cerca de cuatro mil quinientos hombres por cada lado, i aun podria decirse iguales en instruccion i disciplina; i si los patriotas eran superiores en caballería i artillería, tenian un menor número de infantes, por mas que poseyesen en la forma nueve batallones en vez de los cuatro reales i efectivos con que contaba el enemigo (15). La victoria debia ser de los que en aquella jornada fuesen dirigidos con mayor acierto, i desplegasen mas resolucion i mas firmeza.

El combate, iniciado desde el amanecer por la renovacion del tiro de avanzadas, se habia mantenido en esa forma con mas o ménos vigor mientras los ejércitos tomaban sus posiciones respectivas. A las once i media de la mañana, cuando los patriotas estaban terminando de tender su línea, San Martin mandó romper los fuegos de artillería sobre el ejército enemigo, esperando causarle algun daño i obligarlo a salir de sus posiciones. Los ocho cañones de la division de la derecha (artillería de Chile) que dirijia el teniente coronel Blanco Encalada, i los cuatro de la division de reserva (artillería de los Andes), bajo las órdenes del comandante Plaza, jugaron con maestría, sin poder, sin embargo, conseguir aquel intento. «La artillería de los insurgentes, dice Osorio, no cesó de hacer fuego a nuestras columnas, de tal modo que, hallándome al flanco izquierdo de la segunda division, una bala de cañon de a ocho me inutilizó el caballo que montaba. Viendo el enemigo que con sus maniobras nada adelantaba, se resolvió a atacarme de frente.» El jefe realista, como se ve, se obstinaba en mantenerse en una actitud defensiva.

San Martin, en efecto, habia comprendido ántes de media hora que los fuegos de su artillería no bastaban para obligar al enemigo a salir de sus posiciones; i pocos minutos ántes de medio dia daba orden a sus divisiones de la derecha i de la izquierda de acortar la distancia i empeñar el combate formal. «En esta disposicion, dice él mismo, se descolgaron nuestras columnas del borde de la pequeña colina que formaba nuestra posicion, para marchar a la carga i arma al brazo, sobre la línea enemiga. Esta rompió entónces un fuego horrendo, i su batería de flanco (avanzada, como dijimos, sobre la altura destacada de su

(15) Dice San Martin en el parte oficial de la batalla que algunos de los batallones del ejército patriota no alcanzaban a contar 200 hombres. Segun nuestros informes, ninguno de ellos constaba ese dia de 500 plazas; mientras que los cuatro batallones realistas i la compañía de zapadores completaban mas de 3,400 soldados.

izquierda) hacia mucho daño; pero esto no detenía la marcha. La división patriota de la derecha, encargada de atacar ese punto, i dirigida por el coronel Las Heras, avanzó resueltamente sosteniendo el fuego de fusil desde la tierras bajas que mediaban entre los dos ejércitos, mientras el comandante Blanco, que habia quedado con sus cañones en su primera posición, mantenía el fuego de artillería por elevación entre una i otra colina. El coronel Morgado, que defendía esa parte de la línea realista con sus dos escuadrones de dragones de la frontera, se adelantó arrogantemente sobre la caballería patriota de la división de Las Heras, compuesta, como se recordará, por el regimiento de granaderos. Dos escuadrones de éste, capitaneados por los comandantes don Manuel Escalada i don Manuel Medina, cargan sable en mano contra los dragones realistas, los desordenan rápidamente obligándolos a volver cara, i marchando en su persecución, son recibidos por el fuego de la infantería. Obligados a replegarse hacia el punto en que quedaba el resto del regimiento, aquellos escuadrones se reorganizan, aumentan su fuerza con otro destacamento, vuelven a la carga con mayor empuje, i desordenan segunda i tercera vez a los dragones realistas, haciéndolos retroceder para asilarse detras de su infantería. Aquel ataque, apoyado por los fuegos de la división patriota que Las Heras mantenía sólidamente, introdujo una gran perturbación en toda el ala izquierda del ejército realista (16).

La batalla se habia iniciado entretanto en condiciones muy diversas en el extremo opuesto de la línea realista. Allí, donde es mucho mas estrecha la banda de tierras bajas que separaba a los dos ejércitos, el comandante Borgoño con nueve cañones de la artillería de Chile, habia roto un fuego sostenido i certero contra la división ene-

(16) El parte oficial de Osorio, embrollado i confuso en la esposición de las operaciones de la batalla, es, sin embargo, bastante claro para acusar a Morgado i a Primo de Rivera de flojedad en estos accidentes, reprochándoles no haber cumplido las órdenes que se les dieron, i ser por esto mismo causantes en gran manera del desastre. El historiador Torrente, que debió recojer sus informes acerca de la batalla de boca de algunos de los oficiales que se hallaron en ella i que, como Rodil, Alaix, etc., regresaron a España, acusa solo a Morgado, i refiere esta carga en los términos siguientes: «Dase orden que los dragones de la frontera, mandados por Morgado, carguen a la caballería enemiga; pero la tardía i torpe ejecución de esta maniobra correspondió tan desgraciadamente a la intrepidez de los soldados, que fueron acuchillados horrorosamente, i aun muchos fueron víctimas de los fuegos de los cazadores (realistas de la división de Primo de Rivera) por la confusión con que se replegaron sobre ellos.», Torrente, obra i lugar citados, tomo II, páj. 429.

miga que mandaba el brigadier Ordoñez; consiguiendo desorganizar la caballería de éste, mientras los tres batallones de infantería (cazadores de los Andes, números 2 i 8) bajo la direccion del comandante Alvarado, avanzaban resueltamente para empeñar el ataque formal. Recorriendo en poco rato la distancia que media entre las dos lomas, trepan sin dificultad las alturas del frente i van a caer sobre el flanco derecho del ejército realista. Ordoñez, con la actividad i la destreza de un verdadero veterano, hace cambiar de frente a los dos batallones de su mando i opone una resistencia porfiada i bien dirigida al ataque de la division patriota. El combate se empeñó allí con toda firmeza. Los batallones patriotas, a pesar de su inferioridad numérica, se sostuvieron con admirable vigor; pero al cabo de poco rato se hizo imposible la resistencia. La division de Ordoñez fué reforzada con los batallones Burgos i Arequipa que estaban en el centro, i se halló en situacion de batir sin dificultad a los cuerpos patriotas. El batallon número 8, que ocupaba el centro de la columna de Alvarado, sufrió pérdidas enormes. El número 2, que estaba a su derecha, fué arrollado i puesto en dispersion; i por fin, el de cazadores de los Andes, no pudiendo sostenerse por mas largo tiempo, se retiró en cierto órden. Todas esas fuerzas bajaron aceleradamente de las colinas que acababan de ocupar, esperando reorganizarse pronto, pero la confusion consiguiente a este contraste parecia el principio de una derrota.

En efecto, las tropas realistas que habian obtenido esta señalada ventaja, se creyeron en ese momento próximas a obtener una victoria completa. Reconcentrando sus batallones en columnas cerradas, el intrépido Ordoñez se dispuso a bajar de la colina en persecucion de los dispersos, para pasar en seguida adelante i caer, por fin, sobre el flanco izquierdo de los cuerpos restantes del ejército patriota. Este movimiento, que podia decidir de la jornada, no ofrecia, al parecer, grandes dificultades. En el extremo izquierdo de la colina que ocupaban los patriotas, no quedaban mas fuerzas que la artillería del comandante Borgoño i los cazadores que mandaban Freire i Bueras. Estos últimos, con aquella entereza que hizo de ellos dos verdaderos héroes, se dispusieron a sostener esa posicion mientras les quedase un solo soldado. El comandante Borgoño, por su parte, con la tranquila maestría de un hábil artillero que comprende que en ese momento la suerte de la batalla depende de su esfuerzo, carga sus nueve cañones a metralla, i rompe sobre el enemigo un fuego terrible i activamente sostenido que lo detiene en su marcha. Repuestos de su primera perturbacion, los batallones de Ordoñez se reorganizan e intentan otra vez seguir ade-

lante; pero de nuevo son batidos por la metralla patriota, i no consiguen descender de las alturas.

Esa situacion, sin embargo, no habria podido prolongarse mucho tiempo mas; pero ella dió tiempo para que se reorganizaran en la parte baja del terreno los grupos de soldados dispersos de la division de Alvarado. En esos mismos momentos, el coronel Las Heras hace adelantar rápidamente dos de los batallones de su division, el de Infantes de la patria i el Coquimbo, bajo las órdenes de sus comandantes respectivos, don José Antonio Bustamante i don Isaac Thompson, i ellos van a contener el movimiento de avance del enemigo. El primero de estos cuerpos, formado hacia poco en Santiago de artesanos i sirvientes domésticos negros i mulatos, desplegó tanta audacia como disciplina, i cayó resueltamente sobre el centro del ejército realista. Rechazado un momento, se rehace con prontitud i sostiene el combate con singular ardor, dando tiempo a que llegaran fuerzas de refresco.

Desde el borde de la loma en que habia tendido su línea, San Martín, rodeado por sus ayudantes, seguía con la natural ansiedad, pero con perfecta sangre fria, las peripecias de la batalla. Al distinguir al traves de las nubes de humo que la division de Alvarado habia sido rechazada i que retrocedía en desórden, da a su reserva, que se hallaba un poco mas atras, la órden de avanzar rápidamente a sostener aquellos cuerpos i a caer con ellos sobre el enemigo, i él mismo, despues de poner en movimiento esas fuerzas i de inspeccionar la colocacion que tomaban, fué a colocarse en una pequeña eminencia, situada al este del campo, para dirigir mas de cerca las operaciones del combate. Los tres batallones que componian esa reserva, el 1 i el 3 de Chile, llevando respectivamente a su cabeza a los comandantes Rivera i López, i el 7 de los Andes, mandado por el coronel Conde, avanzan al paso de carga, alientan con su presencia a los dispersos, que se reorganizan rápidamente a la voz de sus jefes, i suben con ellos a las alturas que ocupaba el enemigo. La batalla entraba entónces en el momento mas decisivo.

El ejército realista, contenido en su movimiento de avance, habia reconcentrado sus fuerzas en un corto trecho de terreno. La division que bajo las órdenes de Primo de Rivera habia ocupado una altura aislada a la izquierda de la línea, compuesta, como sabemos, de las compañías de granaderos i cazadores de todos los cuerpos realistas i de cuatro cañones, quedaba, en esas circunstancias, fuera del ataque i estaba espuesta a ser cortada. Primo de Rivera, que por órden de Osorio habia desprendido ya las compañías de granaderos para que con-

curriesen a defender el centro de la línea, se retiró apresuradamente de aquella posición, dejando abandonados sus cañones, i fué a juntarse al grueso del ejército en los momentos en que el combate se empeñaba con mayor decisión por el ataque simultáneo de todas las fuerzas patriotas.

Ese ataque, dirigido con toda actividad e iniciado sin vacilación, debía resolver la batalla en poco tiempo. Los cazadores de Freire i de Bueras, lanzados contra los escuadrones que los realistas tenían a su derecha, caen sobre ellos como un rayo, los destrozan i dispersan en todas direcciones. El valiente Bueras cae en esa carga con el pecho barrenado por una bala de fusil; pero Freire continúa la persecución de la caballería enemiga, i luego vuelve al campo a tomar parte en los nuevos accidentes del combate. Los batallones realistas, privados de su caballería i de una parte de su artillería, tenían aun fuerza i resolución para mantener una vigorosa resistencia. Forman, en efecto, sus tropas en tres cuerpos o divisiones espaciadas entre sí por cortas distancias i mandadas respectivamente por los tres jefes, Primo de Rivera a la izquierda, Morla en el centro i Ordoñez a la derecha. Los soldados de Burgos i del Infante don Carlos, que venían de España llenos de arrogancia con el recuerdo de sus victorias en la guerra contra los franceses, i que miraban con altanero desprecio a los ejércitos de los insurgentes de América, formaban el núcleo mas vigoroso de la resistencia, i ellos i las demas tropas que combatían a su lado, lanzaban atronadores gritos de ¡viva el rei! Los cuerpos patriotas los acometen con no ménos decisión por todos lados, al grito de ¡viva la patria! i acortando las distancias, los estrechan mas i mas. «Puede decirse que con dificultad se ha visto un ataque mas bravo, mas rápido i mas sostenido, decia San Martín en la relación oficial de esta batalla; pero tambien puede asegurarse que jamas se vió una resistencia mas vigorosa, mas firme ni mas tenaz.» Mientras tanto, las brigadas de artillería de Chile de los comandantes Blanco i Borgoño avanzan sobre los dos flancos del enemigo, los cazadores de Freire acuden tambien a estrecharlo, i por fin los batallones 1 de Chile i 7 de los Andes, que formaban parte de la reserva patriota, cargan a la bayoneta con un empuje irresistible. Después de mas de media hora de encarnizada pelea, la línea realista, que habia sufrido pérdidas enormes, se sintió vacilar, i aunque los tres jefes de division quisieron reconcentrarse, ya no les fué posible hacerlo, i se vieron obligados a emprender la retirada, desplegando aun, en medio de este contraste, un órden admirable. «Este primer suceso, dice San Martín, parecia debia darnos la victoria; mas no fué posible desor-

denar enteramente las columnas enemigas. Nuestra caballería acuchillaba a su antojo los flancos i retaguardia de ellas; pero marchando éstas en masa, llegaron hasta los callejones de Espejo." El campo quedaba materialmente cubierto de cadáveres, i en su retirada los realistas iban dejando una huella de muertos i de sangre. "La compasion habia sido desterrada del pecho de uno i otro bando, dice un extranjero testigo de la batalla. La carnicería fué mui grande, i algunos oficiales que habian servido en Europa, me dijeron que nunca habian visto un choque mas sangriento que el que ocurrió en aquella parte del campo (17)". Los diversos cuerpos patriotas, marchando a su cabeza los Infantes de la patria i los cazadores de Coquimbo, siguieron picando obstinadamente la retaguardia al enemigo. El grito de ¡victoria! resonaba estrepitosamente en todo el campo.

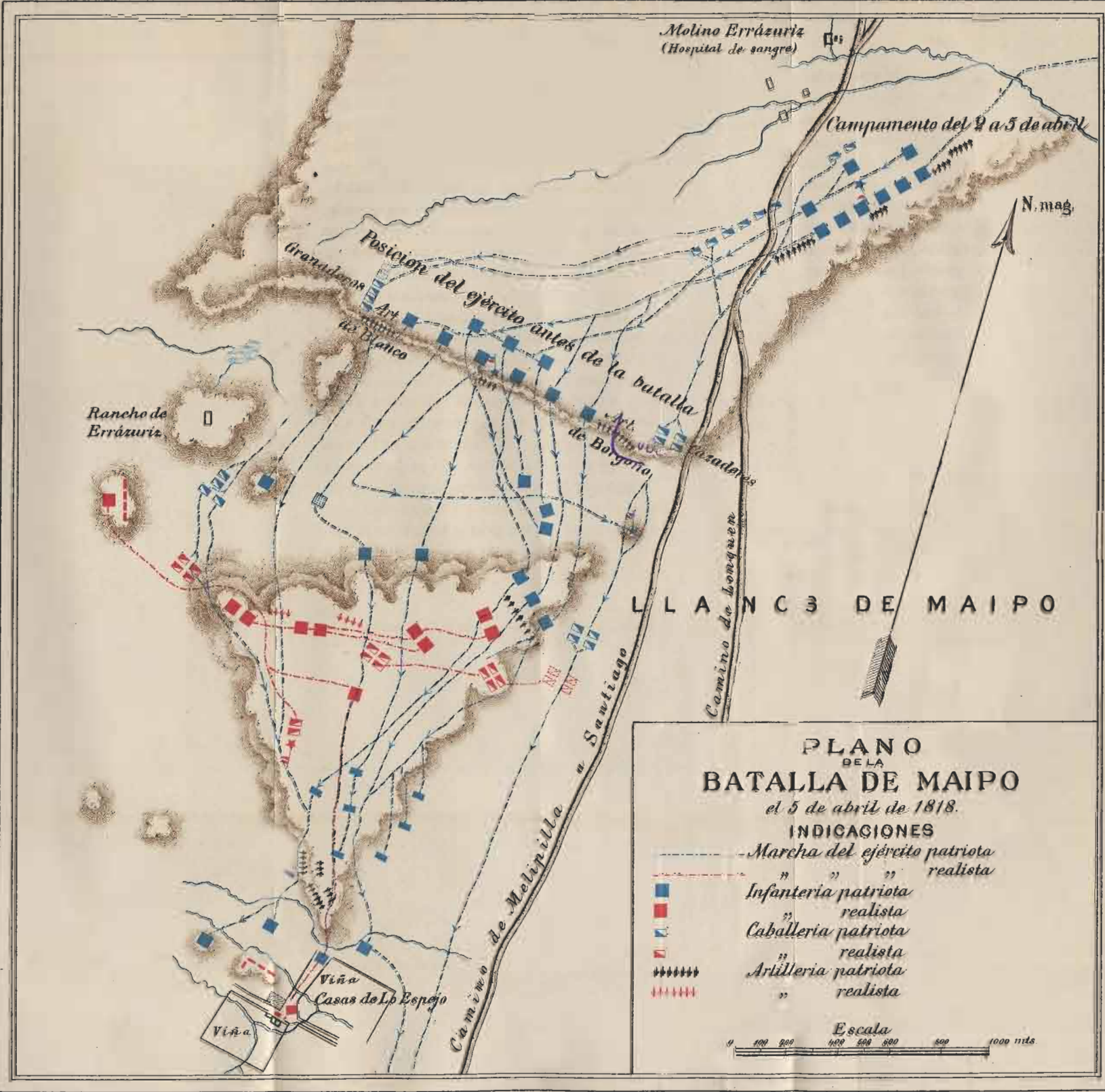
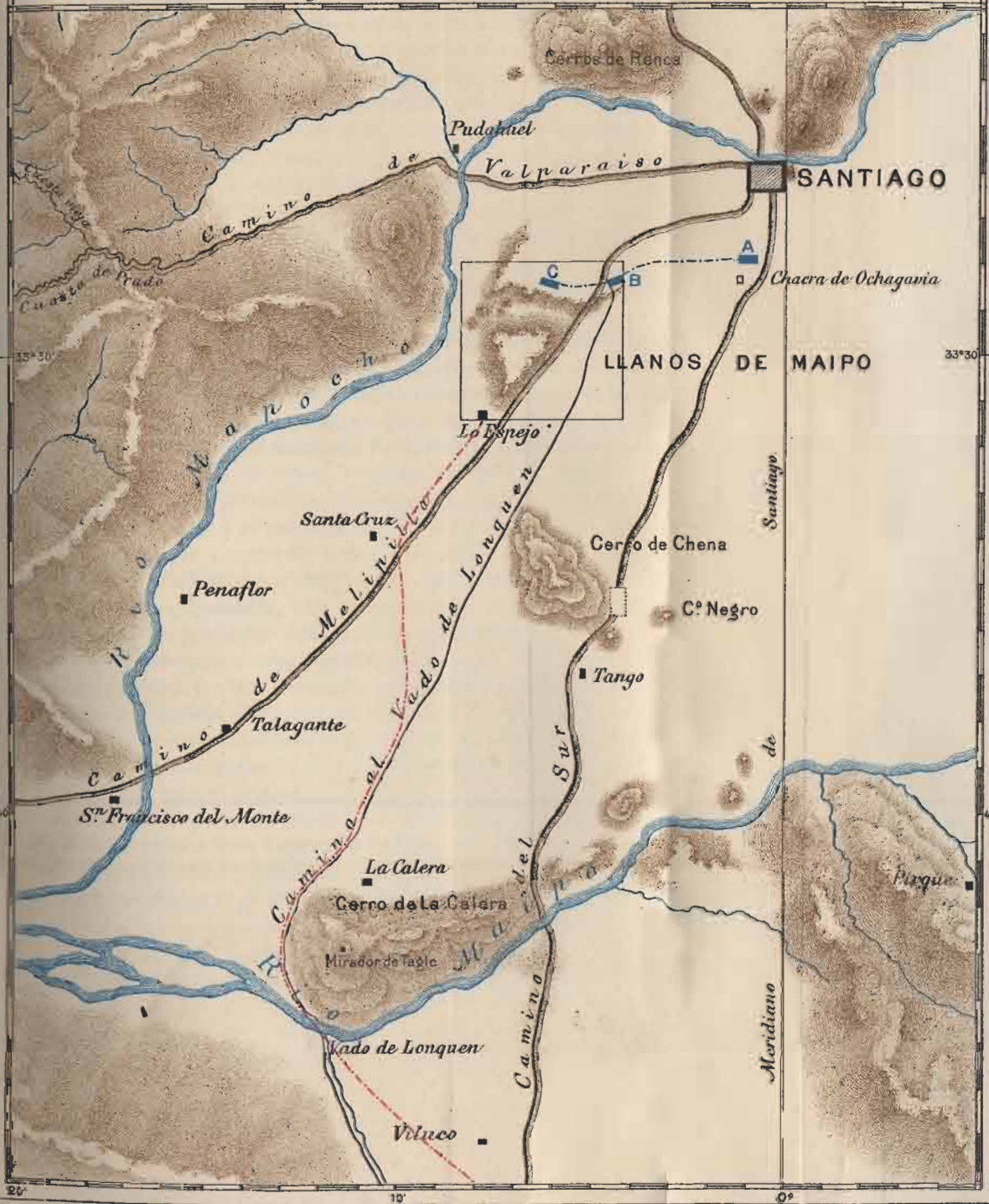
Eran las dos i cuarto de la tarde. La batalla estaba decidida; i aunque los realistas se retiraban en número respetable i en bastante orden, todo hacia creer que su destruccion seria completa i definitiva ántes de caer la noche. En medio del alborozo jeneral consiguiente a la victoria, San Martin firmaba el parte siguiente, dirigido al supremo director: "Acabamos de ganar completamente la accion. Un pequeño resto huye. Nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. La patria es libre. Dios guarde a V. E. muchos años.—*San Martin.*" Un emisario partió inmediatamente conduciendo a Santiago ese primer boletín de la victoria (18).

(17) Haigh's, *Sketches, etc.*, páj. 225.

(18) El viajero inglés ántes citado (Haigh) que se da por testigo de la batalla, i que ha hecho un cuadro mui animado de ella en el capítulo X de su libro, refiriendo con mucho colorido algunos de sus accidentes, pero que incurre en errores de detalle, cuenta (páj. 228) que él mismo trajo a Santiago el primer parte de la victoria, escrito en el hospital de sangre por el cirujano Paroissien i dirigido al director supremo; pero que no habiendo hallado a éste en la ciudad, lo entregó al gobernador intendente don Francisco de Borja Fontecilla. Con este motivo describe con mucha animacion el espectáculo que ofrecian las calles de Santiago en los momentos en que se conoció el feliz desenlace de la jornada. La lectura de esas pájinas es mui interesante; pero no es difícil descubrir en ellas algunos accidentes de pura imaginacion en un fondo de verdad. La noticia de la victoria, alcanzada, puede decirse así, a las puertas de la ciudad, llegó a ésta trasmitida de boca en boca por los numerosos individuos que se acercaron al campo de batalla, o que se estacionaban en los caminos en medio de la ansiedad que es fácil suponer. El primer parte oficial que llegó a Santiago, es el que copiamos íntegro en el texto. Consta de tres líneas. Fué escrito por el ministro de la guerra don José Ignacio Zenteno i firmado por San Martin.

TEATRO DE LAS OPERACIONES MILITARES DE ABRIL DE 1818.

- - - - - *Marcha del ejército patriota.*
 - - - - - *Marcha del ejército realista.*
 A, B, C Campamentos del ejército antes del 1º de abril, del 2º al 5 de abril i al dar la batalla.
 □ Situación actual de S.º Bernardo.
 □ Lugar de la Batalla (plano adjunto)



PLANO DE LA BATALLA DE MAIPO el 5 de abril de 1818.

INDICACIONES

- - - - - *Marcha del ejército patriota*
- - - - - *" " " " realista*
- *Infantería patriota*
- *" " " " realista*
- *Caballería patriota*
- *" " " " realista*
- ||||| *Artillería patriota*
- ||||| *" " " " realista*

Escala
 0 200 400 600 800 1000 mts

5. Llega O'Higgins al campo de batalla: ataque de las casas de Espejo i destrucción completa del ejército realista.

5. En esos momentos llegaba O'Higgins al campo de batalla. Despues de una noche de fatigas i de alarmas en que, a pesar del estado de su salud, habia pasado algunas horas a caballo recorriendo

los puntos por donde el enemigo podia intentar un ataque a la ciudad, el director supremo, impuesto de que ese peligro habia desaparecido, se recojió a su cama en busca de descanso. A las diez de la mañana estaba de nuevo en pié i pasaba revista a las milicias acuarteladas en Santiago. Impuesto por instantes de los movimientos del enemigo, i de cuanto ocurría en el campamento de Maipo, i sabiendo que la batalla debia empeñarse ese mismo dia, O'Higgins comenzó por apartar las milicias de infantería para encargarles, bajo la dependencia del coronel don Manuel Astorga, la conservacion del órden en la ciudad. Las fuerzas restantes, compuestas de un numeroso rejimiento de milicianos de caballería de Aconcagua, mandado por el coronel don Tomas Vicuña, de otro de Colchagua que tenia por jefe al coronel don José María Palacios, i de uno de Santiago que mandaba don Pedro Prado, formaban cerca de mil hombres armados de lanza, de escasa instruccion militar, pero en su mayor parte fuertes i animosos, i ademas utilizables en ciertos accidentes de la batalla, como lo fueron en efecto. Colocándose a su cabeza, i despues de dirigirles algunas palabras para alentar su patriotismo, O'Higgins se ponía en marcha poco ántes de medio día. A su paso por las calles que conducian a los caminos del sur (las actuales del Estado i de Santa Rosa), el director supremo era saludado con respeto i entusiasmo por los grupos de jente, señoras principalmente, que permanecian en las puertas de las casas, anhelosos por recibir noticias de los acontecimientos que se estaban desenvolviendo a corta distancia de la capital. El estampido del cañon anunciaba en esos momentos que la batalla estaba empeñada.

Durante la marcha, O'Higgins iba recibiendo noticias de los accidentes del combate. En el camino se le fueron reuniendo diversas partidas de milicianos rurales de los contornos de Santiago. Al llegar a las alturas que el ejército patriota habia ocupado al iniciar el ataque, pudo contemplar, con el alma henchida de contento, que el enemigo, batido en la pelea, aunque firme i compacto todavia, se retiraba apresuradamente, perseguido con obstinacion por destacamentos considerables i lenos de resolucion (19). Reconociendo el sitio en que se hallaba el

(19) Segun una version repetida por muchos oficiales así realistas como patriotas que se hallaron en la batalla (algunos de los cuales nos suministraron datos que nos

estado mayor, por una bandera tricolor enarbolada en alto que le servía de enseña, O'Higgins corrió allá, i echando su brazo izquierdo al cuel'o de San Martín, le dijo lleno de emoción: «¡Gloria al salvador de Chile!»—«¡General, contestó San Martín, Chile no olvidará jamás el nombre del ilustre inválido que el día de hoy se presentó al campo de batalla en ese estado.» I clavando las espuelas a sus caballos se dirigieron ámbos a las cercanías de las casas de Espejo para dar dirección e impulso a las últimas operaciones del combate, estrechar al enemigo i ponerlo en la imposibilidad de prolongar la resistencia o de retirarse con algunas tropas.

La derrota había quebrantado considerablemente al ejército realista; pero no lo había desmoralizado. Su caballería, implacablemente acuchillada, i perseguida en todas direcciones, no podía ya reorganizarse. Sus artilleros se habían visto forzados a abandonar en el campo el mayor número de sus cañones. Osorio, creyéndolo todo perdido, había tomado la fuga, escoltado por los restos del regimiento de dragones de la frontera. Pero todavía quedaban en fila más de dos mil quinientos soldados de infantería, i estaban mandados por jefes i oficiales resueltos a abrirse una retirada gloriosa o a pelear hasta morir. El brigadier Ordoñez, a quien por su graduación i por su prestigio correspondía el mando de esas fuerzas, lo asumió con la más heroica entereza, i desplegó una prodijiosa actividad para organizar en pocos momentos una defensa sólida i bien combinada. Ni él ni sus compañeros pudieron creer por un solo instante que les sería posible cambiar la faz de la batalla, pero esperaban reconcentrar sus fuerzas, reponerse un poco de

han servido para completar i hacer más clara nuestra relación), i conservada por una tradición constante, el arribo de O'Higgins i del numeroso cuerpo de milicianos que lo acompañaba, fué de la mayor oportunidad i tuvo una influencia decisiva para desconcertar al enemigo i obligarlo a retirarse. Contábase que cuando los dos ejércitos estaban más empeñados en el combate, los realistas divisaron a lo lejos una espesa i estendida polvareda, i momentos más tarde la división de O'Higgins que avanzaba aceleradamente. Sin poder apreciar la calidad de estas tropas, i creyendo que fuera un cuerpo de reserva tan firme i sólido como los que se estaban batiendo, se convencieron de que iba a hacerse imposible la prolongación de la resistencia, i comenzaron a vacilar. Los mismos jefes, penetrados por esta persuasión, habrían dispuesto entonces el movimiento de retirada que fué la señal de la derrota. Aunque esta versión reviste todos los caracteres de verdad, i aunque no está en contradicción con los demás acontecimientos, sino que, por el contrario, coincide con ellos, nosotros no la acojemos sin cierta reserva, por cuanto no la hallamos espresamente consignada en el parte oficial de Osorio ni en la relación del historiador Torrente, formada, como sabemos, sobre los informes de los oficiales españoles.

las fatigas de la jornada, i aprovechar la oscuridad de la noche para retirarse al sur. Si les hubiera sido dado conseguir ese resultado, la prolongacion de la guerra habria sido fácil en la provincia de Concepcion i se habria hecho relativamente estéril la victoria alcanzada con tan supremo esfuerzo.

Las condiciones del terreno i de los edificios vecinos parecian favorecer este proyecto de los jefes realistas. El vasto caserío de la hacienda de Espejo era de construccion ordinaria, de poca altura, pero de una gran solidez. A sus lados habia dos estensos huertos i otro mas pequeño, de viñas i arboledas, rodeadas de tapias que podian servir de seguros parapetos. A su derecha se alza una colina de poca estension i de mediana altura, desde donde se dominan con la vista todos los contornos; i a su frente se abria un callejon de trescientos metros de largo, que, como dijimos ántes, conducia al campo de batalla. Con una rapidez asombrosa, Ordoñez situó en ese callejon los únicos dos cañones que le quedaban, ocultándolos, en cierto modo, detras de la puente de un canal que lo atraviesa. Esos cañones, dirigidos al punto por donde podian entrar los patriotas, quedaron defendidos por un fuerte destacamento de infantería. En la colina de la izquierda se situaron cuatro compañías de tiradores de la division de Primo de Rivera. El resto de las tropas se distribuyó acertadamente en piquetes o guerrillas en los huertos i arboledas de los lados, para romper el fuego desde las tapias, o se parapetó en las casas i bodegas de la hacienda, convirtiendo las puertas i ventanas en troneras desde donde podian mantener una obstinada defensa. Los realistas, que habian dejado allí sus bagajes en esa mañana, podian disponer de un considerable repuesto de municiones.

Los cuerpos patriotas que seguian en su persecucion, iban llegando unos en pos de otros a los contornos de las posiciones en que aquéllos se asilaban. Los batallones Infantes de la Patria, número 3 de Chile i cazadores de Coquimbo, fueron los primeros en romper el fuego. El brigadier Balcarce, como comandante jeneral de la infantería, i el coronel Las Heras, como jefe de una de las divisiones, daban colocacion a las tropas para empeñar un ataque formal i definitivo. Cometiése en esos momentos un error deplorable que costó dolorosas pérdidas. El batallon de cazadores de Coquimbo recibió orden de marchar en columna a las casas de Espejo, por el callejon que defendian los cañones del enemigo. Recibido allí de improviso por el fuego de fusil i de metralla, ese cuerpo dejó en el callejon casi la mitad de su tropa, entre muertos i heridos, i se vió obligado a retroceder en espantoso desór-

den. Reorganizóse, sin embargo, en pocos instantes, i corriéndose por el lado de afuera, los soldados sobrevivientes, ansiosos de venganza, saltan las tapias i caen por la espalda sobre la batería realista, apoderándose con ímpetu irresistible de los cañones i pasando a cuchillo a sus defensores. El batallón número 11, entretanto, ocupando una pequeña eminencia del terreno, batía por el flanco a la columna de cazadores que mandaba Primo de Rivera, mientras el número 8 la atacaba resueltamente por el frente.

Todo aquello presentaba, a pesar de estas ventajas, el aspecto de una segunda batalla tan reñida como la primera, i de éxito si no precisamente dudoso, a lo ménos largo i difícil. En esos momentos llegaban al sitio de la refriega los jenerales San Martín i O'Higgins, i con ellos las dos brigadas de la artillería de Chile que mandaban Blanco i Borgoño. Colocan éstos sus diecisiete cañones en la estremidad de la loma que habia sido teatro del combate, i desde allí rompen un fuego tan certero como sostenido, que en pocos instantes pone en dispersion a los cazadores realistas, abre brechas en las tapias i facilita el avance de las columnas patriotas, que atacan por todos lados las posiciones realistas. El empuje irresistible con que era ejecutada esta operacion i el arrojío con que los vencedores saltaban los cercados i arrollaban en cada punto la resistencia que se les oponia, fué haciéndolos dueños de todos los contornos, i al cabo de una hora no quedaba al enemigo mas terreno que el recinto de las casas de Espejo, donde se proponia sostener todavía una defensa desesperada. La ocupacion de esos edificios exigió un vigoroso esfuerzo i costó una abundante efusion de sangre. Las tropas penetraron sin dificultad al patio principal de las casas; pero una vez allí se vieron envueltas repentinamente por el fuego sostenido que se les dirijia desde las puertas i ventanas, que los realistas, regularmente parapetados, habian convertido en troneras de defensa. Esta actitud, que los asaltantes consideraban una traicion (20), los enfure-

(20) Los oficiales i los soldados patriotas contaban que los realistas encerrados en las casas de Espejo, habian enarbolado una bandera blanca en una ventana en señal de rendicion; pero que cuando aquéllos entraron al patio, recibieron, unas tras otras, las descargas de fusilería que se les dirijian de todos lados. Este acto de inaudita perfidia, decian, habia irritado sobremanera a los vencedores i provocado su furor en los últimos accidentes de la batalla. Aunque este hecho no consta precisamente de los documentos oficiales, los contemporáneos lo referian como incontrovertible, i lo ha consignado un testigo de la jornada, el viajero inglés Haigh, en la página 226 del libro citado.

ció sobremanera, i redobló su ardor. En pocos momentos rompen las puertas con las culatas de los fusiles, penetran en las habitaciones i en los patios interiores, siembran la muerte por donde pasan i dejan el terreno cubierto de charcos de sangre i de cadáveres destrozados. «La hermosa granja de Espejo, dice el testigo presencial que acabamos de citar, presentaba un cuadro horroroso despues de la accion. Las puertas i ventanas perforadas por las balas de fusil, los corredores, las paredes i el suelo regados de sesos i de sangre que comenzaba a coagularse, i todo el lugar por dentro i por fuera, cubierto de cadáveres.» Los vencedores, enfurecidos por la porfiada resistencia, i persuadidos, ademas, de que ésta era la obra de la perfidia de los realistas, parecieron dispuestos a no perdonar la vida a nadie. La intervencion del coronel Las Heras i de otros oficiales que lo acompañaron en este empeño humanitario, logró, con no poco esfuerzo, contener el furor de los soldados e impedir que se continuara la matanza de los vencidos, que no podian huir ni prolongar la resistencia.

Entre cinco i seis de la tarde, la batalla estaba terminada i la victoria de los patriotas era definitiva i completa. El comandante español don Ramon Rodil, encargado de sostener la última resistencia al lado sur de las casas de Espejo, habia logrado reunir cerca de setecientos hombres, i cuando lo vió todo perdido, se retiró apresuradamente hácia la Calera, por el mismo camino que habia traído el ejército dos dias ántes. Grupos desordenados de dispersos corrian en esa misma direccion, con la esperanza de pasar el rio Maipo esa misma noche i de ponerse en salvo, replegándose a Talcahuano. Las milicias de Aconcagua i de Colchagua, que O'Higgins habia llevado al combate, fueron enviadas en persecucion de esos grupos de fujitivos, i desplegaron una prodijiosa actividad. Los campesinos que formaban esas milicias, diestrísimos en el manejo del lazo, tan usado en nuestros campos para la captura de los animales, lo tiraban sobre los fujitivos tomándolos por pelotones de tres i cuatro individuos que desarmaban inmediatamente, haciéndolos volver a las inmediaciones de las casas de Espejo, donde, bajo la vijilancia de buenos piquetes de tropa, se estaban reuniendo los prisioneros. Otros cuerpos patriotas seguian en persecucion de las fuerzas realistas que llevaban todavia algun orden. A las puestas de sol, el arrogante ejército de Osorio estaba completa i definitivamente destruido (21).

(21) La batalla de Maipo ha sido referida en varias ocasiones con mas o menos amplitud de detalles, i casi siempre con bastante exactitud. Nosotros hemos teni-
do

6. Primeros resultados de la batalla: persecucion de los fujitivos: escapada del jeneral Osorio.
6. La victoria de Maipo, en efecto, es una de las mas absolutas i decisivas que recuerda la historia militar. Los realistas dejaban en el campo cerca de mil quinientos muertos, toda su artillería formada por doce cañones, cerca de cuatro mil fusiles, mil doscientas tercerolas, muchas banderas, un gran repuesto de municiones, el hospital militar, i la caja del ejército, que fué saqueada por los soldados vencedores junto con las cargas de ropas i de equipajes que se hallaban almacenados en las casas de Espejo. El número de prisioneros tomados a ese ejército

a la vista esas diversas relaciones; pero, aunque todas nos han sido útiles para formarnos una idea mas cabal, hemos buscado nuestros guías principales en los documentos de la época o en las versiones escritas u orales de los testigos i actores de la jornada; pudiendo recibir informaciones de esta última clase de militares que servian, unos entre los patriotas i otros entre los realistas. Los partes oficiales de San Martin son bastante noticiosos; i el mas estenso i completo de ellos, fechado en Santiago el 9 de abril, i publicado en muchas ocasiones, útil sin duda alguna para completar el conocimiento de los hechos, no es, sin embargo, suficientemente claro, i no habríamos podido formarnos una idea cabal de la batalla si no hubiéramos podido disponer de otras fuentes de informacion. El parte de Osorio, fechado en Talcahuano el 17 de abril, publicado en la *Gaceta* de Lima, i reproducido en otras publicaciones, aunque utilizable en muchos accidentes, es mui incompleto, i ademas confuso i embrollado no solo por falta de método en la esposicion de los hechos, sino porque en jeneral parece solo empeñado en justificarse de la derrota de su ejército, contrayéndose, por tanto, a los pormenores en que, segun él, no fueron ejecutadas sus órdenes. Existe, en cambio, como documento oficial el plano de la batalla, levantado por el comandante de ingenieros don Alberto Bacler d'Albe, formado sobre un estudio cabal del terreno, sobre su conocimiento personal de las operaciones del ejército patriota, i sobre los movimientos del enemigo, segun los informes suministrados por los mismos jefes realistas que cayeron prisioneros. Ese plano, de ochenta i cinco centímetros de ancho por sesenta i cinco de alto, reducido por el mismo autor a menores proporciones en otras copias, es un verdadero modelo en su jénero por el cuidado i prolijidad en todos sus detalles. El que nosotros damos, es una reduccion de ese plano que servirá para hacer mas comprensible nuestra relacion, como nos ha servido el orijinal para trazarla. Hemos utilizado, ademas, una relacion manuscrita que escribió para nosotros el jeneral don Juan Gregorio de Las Heras, i la que ha hecho en el libro citado el viajero ingles Haigh, testigo de vista de aquella jornada, i la cual, conforme en el cuadro jeneral a lo que se halla en las otras fuentes de informacion, pero incompleta o equivocada en algunos detalles, contiene accidentes i rasgos de colorido de bastante interes. A las noticias que encontramos en estas diversas relaciones, pudimos agregar las que en años pasados recojimos, como hemos dicho mas arriba, de boca de muchos militares que asistieron a la batalla. El lector puede consultar las descripciones que se hallan en el último capítulo de la memoria citada de don Salvador Saldfuentes, en el primer volumen de *Relaciones históricas* de don Benjamin Vicuña Mackenna, i a de don Bartolomé Mitre en el capítulo XVIII de su *Historia de San Martin*.

en aquella misma tarde en el campo de batalla i en sus contornos, pasó de mil trescientos hombres, de los cuales ciento setenta i cuatro eran oficiales i veintiun empleados civiles o simples particulares que acompañaban a Osorio por entusiasmo por la causa del rei; i ese número alcanzó pocos dias despues a 2,289. Se contaban entre éstos el brigadier Ordoñez, apresado por el capitán don Manuel Laprida cuando saltaba una tapia para ponerse en salvo, i conducido a presencia del coronel Las Heras para que entregase su espada; los coroneles Morgado, Besa i Primo de Rivera, los comandantes Latorre, Morla, Rodriguez, Jimenez Navia i Bayona, el auditor de guerra don Francisco Valdivieso (peruano de nacimiento), los ayudantes del jeneral en jefe García del Postigo i Alaix, el contador don José Ignacio de Arangua, el proveedor don Joaquin Medina i los capellanes de ejército. Los cirujanos i todo el material del hospital militar, habian caido tambien en poder de los patriotas.

Estos últimos habian sufrido tambien dolorosas pérdidas. Puede calcularse en ochocientos el número de sus muertos i en cerca de mil el de sus heridos. A pesar de lo reñido del combate, solo habian tenido cuatro oficiales muertos (el bizarro comandante de cazadores a caballo don Santiago Bueras, el teniente del número 2 de Chile don Juan Gana, y los subtenientes del número 7, don José Ortiz i don Ramon Recabárren), pero en cambio los oficiales heridos eran mui numerosos, i entre ellos casi todos los del batallon de cazadores de Coquimbo. Estas pérdidas i estas desgracias, por sensibles que fuesen, no disminuian en manera alguna la importancia de la victoria, ni bastaban para turbar la alegría i el entusiasmo loco que aquélla habia producido en el campo i en la ciudad vecina.

En unas cuantas horas habia pasado ésta por las mas opuestas emociones. En la mañana, la proximidad del ejército enemigo, la certidumbre de que en ese dia se empeñaria una batalla decisiva, el temor de una derrota, de la evacuacion de la ciudad por sus defensores que la dejarian a merced de la chusma, i luego de la saña implacable de los vencedores, mantenian a todos los habitantes de Santiago en un estado de inquietud i de alarma verdaderamente indescriptible. Algunas familias se asilaron en las iglesias i en los monasterios de monjas, como únicos lugares en que se creian libres de los tumultuosos desórdenes de que iba a ser teatro la ciudad en el caso posible de triunfo del enemigo. La excitacion i la ansiedad fueron todavia mayores un poco mas tarde. Desde medio dia, el estampido incesante del cañon anunciaba que la batalla estaba empeñada. Muchas personas de diversas condiciones

salieron de la ciudad i se acercaron al campo de batalla. Las primeras noticias que llegaron a Santiago eran contradictorias, porque al paso que unos anunciaban que una division patriota estaba vencedora i obligaba al enemigo a abandonar sus posiciones, otros decian que la division de la izquierda habia sido rechazada. Por fin, poco ántes de las tres de la tarde, llegaron los primeros mensajeros de la victoria. Los patriotas, vencedores en toda la línea, se decia, habian destrozado los cuadros enemigos, arrollando sus restos i obligándolos a retirarse hácia las casas de Espejo, donde iban a ser atacados sin darles descanso hasta obligarlos a rendirse a discrecion. Inmediatamente fueron echadas a vuelo todas las campanas de la ciudad para anunciar con sus prolongados repiques que la patria estaba libre de sus antiguos opresores. Las jentes recorrian las calles en medio de las manifestaciones del mayor contento, disparando cohetes voladores i atronando el aire con gritos estrepitosos de victoria. Muchos centenares de personas de todo rango, unas a caballo i otras a pié, se dirijian al campo de batalla en grupos considerables, llevados por la curiosidad i por el entusiasmo.

La presencia de esa jente en el lugar que habia sido teatro de la batalla, las manifestaciones de contento a que se entregaban, corriendo de un lado a otro para buscar a sus amigos o deudos entre los vencedores, i las muestras de entusiasmo i de alegría de estos mismos, aumentaban estraordinariamente el desórden i la confusion que siempre se sigue a una victoria alcanzada despues de una lucha tenaz. La conduccion de los heridos al hospital de sangre, donde no habia espacio ni comodidades para asilarlos i para atenderlos debidamente; la reunion de los prisioneros, a quienes era preciso defender contra la saña incontenible de muchos soldados que, persuadidos de que la batalla se habia prolongado en las casas de Espejo por una perfidia de los realistas, no habrian querido perdonar la vida de nadie; la presencia de numerosos rateros de la ciudad i de los campos que acudian a desnudar a los cadáveres para llevarse la ropa, i por último, la proximidad i luego las tinieblas de la noche, aumentaban estraordinariamente aquel desórden. La entereza de algunos jefes i oficiales consiguió con dificultad reunir los cuerpos al llamado de los tambores, colocar algunos de ellos en los puntos en que debian pasar la noche i destinar los otros a la conduccion i vijilancia de prisioneros. «Formáronse dos líneas de jinetes, i los prisioneros fueron colocados en el medio, dice un testigo de vista. Mis amigos Begg i Barnard (dos comerciantes ingleses que habian asistido a la batalla) i yo mismo, fuimos puestos a requisicion con este motivo. Esta precaucion tenia por objeto vijilar a los soldados e impedir que

sacrificasen a su cautivos. Marchábamos lentamente, i un oficial español que estaba a pié a mi lado, i que se hallaba tan fatigado que apenas podía andar difícilmente, me pidió que le tomase a la grupa de mi caballo. Me disponia a hacerlo, pero el coronel Paroissien (el cirujano en jefe del ejército), me advirtió que esponia juntamente mi vida i la del prisionero, porque los soldados negros no dejarían de hacer fuego sobre él. En este orden marchamos hasta cerca del molino, donde otra guardia se encargó de la custodia de los prisioneros (22).» A entradas de la noche, casi todos éstos fueron encaminados a Santiago, donde debían ser distribuidos en los diversos cuarteles, reservando para los oficiales de mas alto rango el edificio del consulado, que hoy ocupa la Biblioteca Nacional.

O'Higgins i San Martín entraron a Santiago a las nueve de la noche. La ciudad estaba alumbrada con luminarias en todas las puertas de calle. Los repiques de campanas se hicieron oír con mayor insistencia, i por todas partes se veían grupos de jente viviendo estrepitosamente a los vencedores. Desde el palacio de gobierno, a donde concurrieron los vecinos mas caracterizados de la ciudad i los mas altos funcionarios del estado, se despacharon emisarios a todas partes a llevar la noticia de la victoria. En la mañana siguiente, ésta era celebrada con grande entusiasmo en Valparaíso, en Quillota, en Aconcagua i en Melipilla. En todos los pueblos fueron aquellos dias de fiestas públicas, ardiente i placentera compensacion de las tribulaciones i alarmas que se habían seguido al desastre de Cancharrayada. Por decretos espeditos el 12 de abril, San Martín, en virtud de la autorizacion que le había conferido el gobierno de las provincias unidas, confirió el ascenso de un grado a casi todos los jefes i oficiales del ejército de los Andes, i el supremo director O'Higgins acordó la misma gracia a los del ejército de Chile (23).

(22) Haigh's *Sketches* etc., pág. 235. «Nada puede exceder la furia salvaje de los soldados negros que servían en el ejército patriota, dice en la misma página. Habían sostenido la parte mas encarnizada del combate contra las mejores fuerzas españolas i habían perdido la principal parte de su tropa, i se halagaban con la idea de matar a los prisioneros. Yo ví a un negro que gritaba con rabia cuando percibía a los oficiales protegidos contra su furia.»

(23) Estos ascensos no fueron propiamente jenerales para todos los jefes i oficiales del ejército, por cuanto no se hicieron estensivos a los que solo habían servido dos o tres meses con el grado que tenían el dia de la batalla; pero por decretos subsiguientes, la promocion fué haciéndose poco a poco estensiva a estos últimos cuando contaron algun tiempo mas de servicio. El gobierno de Buenos Aires aprobó

Miéntas tanto, la persecucion de los realistas fujitivos se habia continuado con gran teson. El comandante Freire con los cazadores a caballo, el sarjento mayor don Francisco Javier Molina con la mitad del batallon número 3 de Chile, i algunos piquetes del número 7, sobre todo, se habian separado del ejército patriota cuando éste se disponia a dar el asalto defintivo de las casas de Espejo, i marchado en persecucion de las fuerzas realistas que se retiraban con cierto órden hácia el sur bajo la direccion del coronel Rodil. Acosadas éstas por sus porfiados perseguidores, i perdiendo bastante jente, llegaron a entradas de la noche a los cerros de la Calera, ya cerca de las orillas del Maipo, donde creyeron poder organizar una desesperada resistencia que les franqueara el paso de este rio. El vigor con que era ejecutado el ataque de los patriotas frustró las esperanzas de los fujitivos, i si bien Rodil con una porcion de los suyos consiguió atravesar el rio, una buena parte de su columna tuvo que rendirse a discrecion. Los prisioneros tomados en ese lugar pasaron de trescientos, entre los cuales habia dieziseis oficiales. El mayor Molina, encargado de conducirlos a Santiago, los presentó a O'Higgins a las doce de la noche, tras adándolos en seguida al cuartel que habia en el antiguo colejio de jesuitas, donde hoy se levanta el palacio del Congreso (24).

Osorio, sin embargo, habia escapado por una rara felicidad. Como contamos ántes, cuando vió su ejército, roto i rechazado en las lomas en que habia empeñado la batalla, replegarse hácia las casas de Espejo, lo creyó todo perdido, i no pensó mas que en buscar su salvacion. Imposibilitado para retirarse al sur, por cuanto las columnas patriotas avanzaban rápidamente cortándole la retirada hácia ese lado, hizo reunir con precipitacion entre los soldados dispersos de su caballería unos doscientos cuarenta hombres mandados por el capitan don Manuel Hornas, i a la cabeza de ellos se puso en fuga precipitada hácia Pudahuel para tomar allí el camino que conducia a Valparaiso. Lo escoltaban algunos oficiales i dos o tres paisanos que venian acompañándolo en calidad de ayudantes, i llevaba a su lado al padre franciscano frai Melchor Martinez, el autor de la *Memoria histórica* de la revolucion de Chile de que hemos hablado en otras ocasiones (25), el

i aun estendió en mayo siguiente las promociones hechas por San Martín. La lista de éstas fué publicada en la *Gaceta* de esa ciudad de 27 de mayo i 3 i 10 de junio de 1818.

(24) Esposicion del mayor Molina al senado conservador, de 19 de enero de 1819.

(25) Véase el § 2, cap. XXV, parte VI, i el § 7, cap. IX, parte VII de esta *Historia*.

cual por su conocimiento del país, podía servirle de guía hasta dejarlo fuera del alcance de los patriotas que habían de perseguirlo.

La fuga de ese grupo de soldados realistas había sido observada por los oficiales patriotas. Algunos prisioneros declaraban además que en él iba el general Osorio, al cual era fácil distinguir porque llevaba un poncho blanco. Instruido de todo esto, San Martín dispuso en el momento que uno de sus ayudantes, el capitán don Juan O'Brien, reuniese unos ciento cincuenta granaderos a caballo, i que marchara sin tardanza en persecución de los fujitivos. Siguiéndoles la pista con toda actividad, llegó éste hasta Pudahuel, donde supo por unos campesinos que Osorio había tomado el camino de Valparaíso. Todo hacía creer que se dirigía a algún punto de la costa vecina a ese puerto, donde esperaba sin duda embarcarse en uno de los buques españoles que allí voltejaban.

Los fujitivos, entretanto, continuaban su marcha por el camino público i carretero. Trasmontaron la cuesta de Prado, i desde el pié occidental de ella, se dirigieron hácia Melipilla por el camino vecinal de los Rulos, Poangue i María Pinto. En los contornos de aquella villa, adonde llegaron poco ántes de las diez de la noche, solo se demoraron pocos instantes, para tomar algún alimento, i continuando luego su marcha, se dirigieron apresuradamente hácia el lado de la costa. Al amanecer del día 6 de abril pasaron el río Maipo a poca distancia del lugar denominado Cuncumen, i ántes de medio día llegaron a la hacienda de Bucalemu, donde pudieron tomar algunas horas de descanso. En su marcha, los fujitivos tomaban por la fuerza a los campesinos de aquellos lugares los víveres i caballos que hallaban a la mano; i a veces esas requisiciones iban acompañadas de actos de violencia de que quedaron heridos algunos infelices, i que contribuyeron a hacer mas odioso el nombre español.

En Bucalemu, los fujitivos pudieron creerse libres del alcance de sus perseguidores, a lo ménos por algunas horas. O'Brien, en efecto, movido por un exceso de celo en el cumplimiento del encargo que llevaba, había cometido un error que dió tiempo a Osorio i sus compañeros para ponerse en salvo. Siguiendo en pos de éstos, i distinguiéndolos a la distancia por la polvareda que levantaban sus caballos, el oficial patriota había llegado hasta la cuesta de Prado a entradas de la noche. De la cumbre de esa cuesta partía hácia el norte un sendero áspero i accidentado (conocido con el nombre de «la cuesta vieja»), apenas traficable para caballos, que iba a bajar al camino de Valparaíso, dos leguas mas adelante. Creyendo que Osorio se dirigía a ese

puerto o a sus inmediaciones, i esperando ganarle la delantera i caer de repente sobre él i cerrarle el paso, O'Brien tomó aquel sendero, i una vez en las tierras bajas, se colocó en acecho, resuelto a empeñar el combate i a desempeñar su comision a todo trance. Despues de un largo rato, cuando, cansado de esperar la pasada de los fujitivos se resolvió a ir a buscarlos al pié de la cuesta retrocediendo por el camino público, reconoció su error por los informes de algunos campesinos que le avisaron que aquellos habian tomado, hacia mas de dos horas, el camino que conducia a Melipilla. O'Brien no trepidó en seguir en la persecucion; pero ya era demasiado tarde, i solo logró apresar a algunos soldados rezagados, apoderarse de unas cuantas mulas que conducian algunas cargas de municiones i de ropas, i entre ellas de una cargada con el equipaje, con los despachos i con la correspondencia del jeneral enemigo (26). El plan de apresar a éste se habia frustrado;

(26) El capitán O'Brien, mas tarde jeneral en el Perú, i muy conocido en todos estos países, que recorría periódicamente hasta el fin de sus dias (O'Brien falleció en Lisboa el 1.º de junio de 1861, a la edad de 74 años, hallándose nuevamente en viaje para Chile), contaba con todos sus accidentes i con mucho colorido esta carrera en persecucion de Osorio. Referia a este respecto un rasgo de jenerosidad i de discrecion de San Martín que la historia ha consignado i que debe recordar.

Cuando O'Brien trajo a Santiago la balija que contenia la correspondencia de Osorio, i la presentó a San Martín, este último la sometió a un minucioso exámen. Halló en ella las instrucciones dadas por el virrei del Perú al jeneral realista i muchos otros documentos de carácter oficial o privado útiles para descubrir los planes i recursos del enemigo, i encontró ademas algunas cartas escritas por dos o tres caballeros de Santiago, que, aunque tenidos por patriotas, se habian dirijido a Osorio despues del desastre de Cancharrayada para espresarle su adhesion a la causa del rei. En vez de emplear esas cartas como autos cabezas de proceso contra sus autores, San Martín las reservó cuidadosamente; i un dia que salió con O'Brien a caballo a dar un paseo al Salto, en los alrededores del norte de Santiago, las quemó para no dejar memoria de esa culpable debilidad de hombres, por otra parte, buenos i utilizables en servicio de la causa de la revolucion. En recuerdo de este acto de jenerosidad de su jeneral, el fiel O'Brien adquirió mas tarde el terreno en que éste habia sido ejecutado, lo convirtió en una modesta quinta de recreo, i allí levantó una columna de madera conmemorativa de aquel hecho.

La vida aventurera i movetiza de O'Brien, siempre honorable i caballerosa, da materia para un interesante i ameno estudio biográfico en que podria recorrerse la historia de la revolucion de la independencia de las provincias argentinas, de Chile i del Perú en que sirvió con tanta decision como actividad i valor. Pueden verse, entre otros muchos documentos i relaciones, los que contiene un opúsculo titulado *El jeneral O'Brien a la representacion nacional* (Santiago, 1851), i un estenso i noticioso artículo necrolójico publicado por don Benjamin Vicuña Mackenna en la *Revista del Paelfico* (Valparaiso, 1861), tomo V, pájs. 193-204. Existe, ademas, un

pero la correría del capitán O'Brien produjo otros resultados que aumentaron las ventajas alcanzadas por la victoria de Maipo.

Osorio no se detuvo en Bucalemu mas que algunas horas. Gracias al conocimiento que de esos lugares tenia el padre Martinez, pudo procurarse allí algunos caballos de repuesto; pero éstos eran insuficientes para montar toda su tropa. El jeneral realista, calculando la dificultad de continuar en esas condiciones un viaje de mas de cien leguas con toda la jente que lo acompañaba, resolvió abandonarla, persuadido de que ésta podria dispersarse i sustraerse a la persecucion, i de que en caso de caer prisioneros algunos soldados, la inferioridad de su rango los ponía a cubierto de la saña de los vencedores. Haciéndose acompañar solamente por cincuenta o sesenta hombres, entre los cuales estaban los oficiales i las personas de alguna notoriedad, partió para el sur el mismo dia 6 de abril, mientras sus soldados estaban entregados al descanso. Galopando sin descanso por los caminos solitarios de la costa, mudando caballos cada vez que podian procurárselos arrebatándolos a los pacíficos habitantes de aquella rejion, i soportando todo jénero de penalidades, Osorio i sus compañeros tuvieron que sufrir mas adelante los ataques de las guerrillas patriotas que los molestaron sobremanera, i tardaron todavía siete dias mas para llegar a su destino.

Los soldados que quedaron en Bucalemu cayeron casi todos prisioneros, i con ellos el padre Martinez, que estaba empeñado en mantenerlos en quietud. A las fuerzas de granaderos enviadas en persecucion de Osorio, se habian unido otras que contribuyeron mas eficazmente a la persecucion de los fujitivos. En los dias que precedieron a la batalla, habia sido colocado en las orillas del rio Maipo, a la cabeza de unos cien milicianos de caballería, el atrevido guerrillero don Juan Francisco Eguiluz, que se tenia conquistada la fama de hombre valiente i emprendedor. Habia éste hostilizado a las avanzadas enemigas en los cerros de la Calera. Como se le cortara el camino para replegarse al campamento de Maipo, se habia retirado hácia el poniente; i al saber el resultado de la batalla, se adelantó por las orillas del rio de ese nombre hasta San Francisco del Monte, para detener a los fujitivos realistas que se retiraran por ese lado. Engrosando su tropa con partidas de campesinos resueltos i animosos, llegó luego a

excelente retrato de O'Brien, con su traje de jeneral, litografiado con arte i e-mero en Lóndres en 1848, e impreso en una grande hoja.

Melipilla, i siguiendo adelante, avanzó hasta Bucalemu, donde contribuyó eficazmente a apresar a los soldados que habia dejado Osorio. Mas de doscientos de éstos fueron tomados allí con sus armas, i remitidos sin tardanza a Santiago.

Pero el valiente Eguluz no se contentó con esto. Sabiendo que Osorio seguia su marcha al sur por los caminos de la costa, pasó resueltamente el rio Rapel, i continuó con todo empeño la persecucion de los fujitivos, sosteniendo frecuentes tiroteos con la retaguardia de éstos. En esos pequeños combates, Eguluz solo tuvo dos hombres muertos a bala, pero acosando sin descanso al enemigo hasta la embocadura del Maule, consiguió tomarle unos cuarenta prisioneros que hizo conducir a Curicó. La falta de municiones, i la certidumbre de que al otro lado de ese rio hallaria fuerzas realistas mejor organizadas para oponer una vigorosa resistencia, le impidieron pasar adelante (27).

7. Alarma i desaliento producidos entre los realistas de Concepcion por la noticia de la victoria de los patriotas: Osorio se retiró a Talcahuano dispuesto a evacuar el territorio de Chile: esfuerzos de algunos jefes para allegar elementos de resistencia.

7. Las autoridades realistas que habian quedado en Concepcion, vivian desde un mes atras en un estado de ansiedad que es fácil comprender. Desde que se supo allí que Osorio habia pasado el Maule i ocupado a Talca a la cabeza de su ejército, se esperaba de dia en dia la noticia de una gran batalla, que, segun la arrogante presuncion de los gobernantes de esa provincia, debia dar por resultado la reconquista definitiva de Chile. Desde el 23 de marzo comenzó a circular en Concepcion el anuncio de una victoria alcanzada por los realistas, que podia considerarse decisiva, i dos dias despues llegaba a Concepcion un emisario despachado por Osorio con comunicaciones oficiales i con correspondencias particulares que daban cuenta prolija de la sorpresa de Cancharrayada i de la dispersion jeneral del ejército patriota. «Una victoria tan completa, tan importante i alcanzada con tan pequeña pérdida de parte de los vencedores, dice un extranjero que residia en aquella ciudad, correspondia a las expectativas de los jefes realistas, i tendia a confirmarlos en el desprecio que abrigaban por sus enemigos. La causa de la independencia de Chile pareció desde entónces desesperada. Creíase que no quedaba a los patriotas probabilidad alguna de reponerse de tan tremendo desastre, i que su única i humillante salida era someterse a merced de sus conquistadores (28)». En vista de estos hechos i de que

(27) Parte de Eguluz, datado en Mataquito el 17 de abril.

(28) Richard J. Cleveland's *Narrative*, etc. vol. II, chap. X.